

LA PRESENCIA DE DIOS

EN EL P. COLL

REFLEXION SOBRE EL CAP. XXII

DE LA REGLA O FORMA DE VIVIR

Ante la proximidad de la festividad del P. Coll, hemos pedido a la Hna. Socorro nos ayude a interiorizar un nuevo capítulo de la "Regla o forma de vivir de las hermanas".

ES posible que aún no hayamos prestado suficiente atención a este cap. XXII, que trata de la presencia de Dios. Sería una pena, porque su contenido es de gran riqueza. Por eso quisiera invitaras a profundizar en este tema, que con tanto cariño nos ofrece nuestro Fundador. Pero antes veamos que nos enseña con su vida.

I. LA PRESENCIA DE DIOS EN SU VIDA

Sin duda coincidimos todos en considerar al P. Francisco Coll como un hombre de Dios, del cielo, de la vida eterna, que vivía inmerso en su amorosa presencia. Su corazón estaba totalmente centrado en Dios, con la mirada puesta siempre en El, buscando únicamente su gloria.

Son numerosos los testimonios de esta constante presencia. El canónigo Jaime Collell, que lo conoció y trató siendo monaguillo en la iglesia de Sto. Domingo de Vic y en otras ocasiones ya sacerdote, dejó escrito: “*Se puede decir que caminaba siempre en la presencia de Dios*”. Y en el proceso ordinario informativo atestiguaba que en su trato “*sin que faltase nunca a las exigencias de la cortesía, se notaba que procuraba mantener siempre la presencia de Dios*”, como puede verse en *Testimonios*¹. En esta misma obra se encuentra: “*Pienso que no perdió la presencia de Dios*” (p. 672), y la H. Inés Pujols: “*Tenía el don de oración y presencia de Dios*” (p. 951).

Del P. Coll como de Sto. Domingo, se puede decir que hablaba con Dios o de Dios. Oraba constantemente, por las calles y los caminos, y “*sus conversaciones eran de cosas espirituales, dichas con gran naturalidad y unción*”, afirma el P. Jaime Clotet, compañero de misiones (p. 694). Son muchas las Hermanas que aseguran que “*siempre hablaba de Dios*” o de cosas espirituales².

¹ Vito T. GOMEZ GARCIA, O.P. *Francisco Coll. Testimonios (1812-1931)*, pp. 482 Y 915.

² *Testimonios*, pp. 695, 706, 715, 723 ...

Mostraba sumo interés en que las Hermanas viviesen en la presencia de Dios, exhortándolas a renovarla con el ofrecimiento de los actos piadosos y por medio de jaculatorias al dar la hora (pp. 966 y 684). Cuando les dirigía la oración, dice la H. Ignacia Ribas que repetía con gran fervor: “*Avivemos la presencia de Dios, Dios nos escucha*” y otras frases que “*como saetas atravesaban el corazón*” (p. 758).

II. LA PRESENCIA DE DIOS EN SUS ESCRITOS

Trata el tema en el cap. XXII de la *Regla*, siguiendo a S. Alfonso M.^a de Liguorio en *La Monja Santa*, cap. XVI, párrafo III, Pero se encuentran alusiones también en otros escritos como *Reglas per las Hermanas* y *Proyecto de Constituciones*.

1. La presencia de Dios, fundamento de la vida espiritual

Siguiendo a S. Alfonso, que a su vez se apoya en los maestros del Espíritu, considera el ejercicio de la presencia de Dios como fundamento de la vida espiritual. No sin razón, dice, porque la divina presencia produce tres maravillosos efectos constitutivos de la vida espiritual: huída del pecado, práctica de las virtudes y unión con Dios. Recoge la frase de Sta. Teresa: “Todo el daño nos viene de no reflexionar que Dios está presente”.

Ciertamente, si somos conscientes de que Dios está siempre presente, pronto a ayudarnos, como Padre lleno de amor, esperando un gesto nuestro, será mucho más fácil evitar lo que le desagrada, dar pasos en el camino de la virtud y crecer en su amistad, “*puesto que cuanto más se conversa con El, tanto más se deja conocer bello, hermoso y amable*” (p. 242)³. Es también un medio de encontrar alivio en el dolor. Puede estar un alma afligida, dice, pero “*al acordarse de que Dios es su amado Padre, el que todo lo puede y el que tanto la ama quedará luego consolada y libre de toda aflicción*” (p. 242).

Como podremos ver, tiene el P. Coll verdadero interés en que vivamos en la presencia del Señor. En el *Proyecto de Constituciones*, ya de sus últimos años, dice: “*Procure la Superiora local que sus hermanas anden siempre en la presencia de Dios*” (p. 387). Y al hablar de la Maestra de novicias: “*Las enseñará el modo de andar siempre en la presencia de Dios*” (p. 242).

2. Modos de buscar la presencia de Dios

En su deseo de que vivamos constantemente en la presencia del Señor, propone algunos modos de lograrla, de procurar que Dios esté presente a nuestra *mente* y a nuestro corazón.

³ Se utiliza la última edición preparada por el P. Vito T. GOMEZ GARCIA, O.P.: *Francisco Coll, O.P. Escritos dirigidos a la Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata*. Valencia 1995.

En el primer caso consiste en mirar a Dios, a través de la fe, presente en todo lugar, que ve, oye y observa todo lo que pensamos, decimos y hacemos. Y tan atento, advierte el P. Coll citando a S. Agustín, “como si olvidado de todas las otras criaturas sólo a nosotros tuviese que mirar” (cf. p. 243).

Otro modo es reconocerlo en todo lo creado, que ha recibido de la bondad de Dios el ser que tiene, la hermosura, el gusto, y el poder para servirnos. Dios está en el agua que apaga nuestra sed, en el sol que nos ilumina, en las flores que nos recrean, en los manjares que nos alimentan (cf. p. 243). En todo. Quiere el P. Coll despertar nuestra respuesta agradecida. Convertir la vida en una referencia amorosa al Padre.

Pero “*el modo más perfecto de conservar la presencia de Dios -dice- consiste en considerarlo dentro de nosotros mismos*” (p. 244). Recuerda que así lo practicaron los santos, como una Sta. Teresa o una Sta. Catalina. Desde el bautismo Dios está en nosotros vivo, amoroso y activo y se trata de llegar al fondo de nuestro corazón y vivir la comunión de su amor eterno. Nos exhorta el P. Coll a adornar nuestro interior con la humildad, mansedumbre y demás virtudes, para poder ofrecerle una morada agradable (cf. p. 244).

En cuanto a la dimensión afectiva, aconseja levantar frecuentemente el corazón a Dios con breves, pero fervorosas jaculatorias. En cualquier ocupación volverse de vez en cuando a Dios y decirle: “*Dios mío sólo a Vos quiero y nada más*” (p. 245), y otras semejantes.

Recomienda también que “*en las obras que más distraen, renovemos con frecuencia la intención de hacerlas todas para dar gusto a Dios*” (p. 245). Al principio del día y al comenzar cualquier trabajo o acción decir, por ejemplo: “*Señor, no busco hacer mi gusto, sino solamente vuestra voluntad*”, y renovar de cuando en cuando esta intención. Basta -advierde- decirlo con el corazón (p. 245). Intenta el P. Coll que nuestra vida esté totalmente orientada a Dios.

3. Momentos de renovar y avivar esta presencia

Se percibe tanto en sus escritos como en su vida el empeño del P. Coll en que las Hermanas renovemos y avivemos la presencia del Señor. Ya por la mañana, al levantarse debían decir: *Creo Señor que estáis aquí presente y veis lo que hay de más secreto en mi corazón* (p. 325); prepararse para la oración “*avivando la presencia de Dios*” (p. 22); en el examen “*acordándoos que estáis en la presencia de Dios...*” (p. 234); en el rosario, “*al final de cada decena renovarán la presencia de Dios*” (p. 320); en la bendición de la mesa: “*Dios mío, que estáis aquí presente, todo sea para vuestra gloria*” (p. 339); al dar la hora el reloj la más antigua dirá: “*Acordémonos que la majestad y grandeza de todo un Dios nos*

está mirando” (p. 205); en la enfermedad “*poneos en la presencia de Jesucristo crucificado*” (p. 255); en la tristeza, “*acudid a la oración y avivad la presencia de Dios*” (p. 406).

Conviene, dice, tener ciertos tiempos determinados para acordarse de su presencia: al dar la hora, al mirar al crucifijo, al ir al trabajo... Incluso, añade, podréis poner alguna señal que os recuerde que Dios os está mirando (pp. 245-246).

4. No desanimarse

Como en otras ocasiones, muestra aquí el P. Coll su interés en que las Hermanas no se desanimen, ni se inquieten: “*No os perturbéis si no pensáis continuamente que Dios os está presente*” (p. 247). Trata de tranquilizarlas recordando que igualmente obramos por Dios, ya que por la mañana se lo ofrecemos todo, deseando hacerla para su gloria, y “*la obra es aún más agradable a Dios que el pensamiento, pero procurad -dice no obstante- renovar la presencia de Dios*” (p. 247).

Convendría que a la luz de estas enseñanzas de nuestro Fundador revisásemos nuestro modo de vivir la *presencia de Dios*. Pueden parecer un tanto extraños algunos conceptos y expresiones de este cap. XXII, pero si lo leemos con mentalidad histórica, descubriremos que es doctrina válida y que en el fondo no está tan lejos de las corrientes actuales de búsqueda del rostro de Dios, de su experiencia, de su encuentro, de llegar a la zona profunda de nuestro ser donde Dios nos espera.

H. Socorro P. Campo-Osorio

Bol. Anunciata n 319 Abril 1997 pp. 1-4

Frases resaltadas en el boletín

"El modo más perfecto de conservar la presencia de Dios, consiste en considerarlo dentro de nosotros mismos"

"Se puede decir de él que caminaba siempre en la presencia de Dios"

(Jaime Collell)